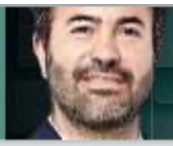
OPINIÓN



DAVID GÓMEZ-ÁLVAREZ

Para recuperar una mínima credibilidad del INE es necesario emprender su reconstrucción institucional.

Al rescate del INE

El daño está hecho. El INE ha perdido toda autoridad moral. Está tocado en su dimensión más esencial: su credibilidad. Una de las instituciones electorales más prestigiosas del mundo –que incluso fue modelo internacional, reconocido por la ONU– atraviesa por una grave crisis reputacional. Son tantos los escándalos de corrupción que no tiene sentido ahondar en ellos: exhiben la profunda putrefacción institucional.

El mayor activo del INE era su credibilidad: ese intangible tan difícil de construir y, al mismo tiempo, tan difícil de conservar. En apenas tres años, la confianza acumulada en décadas está en riesgo de perderse por completo. No es una exageración por la indignación que ha causado este escándalo, sino la implicación lógica que ha ocasionado la crisis. Ese es el desafío más apremiante de la frágil democracia mexicana: recuperar la confianza en el árbitro electoral.

Desde luego que no basta con la renuncia de la presidenta del INE, sino que para recuperar una mínima credibilidad será necesario emprender su reconstrucción institucional. Y eso pasa por tres momentos clave.

Primero, investigar a fondo la red de corrupción que corroe al INE. No solo se trata de procesar a la presidenta, sino que todos los funcionarios que fueron designados por ella deberían renunciar por dignidad o ser removidos, comenzando por el contralor interno. Se requiere una purga a fondo de la institución, que remueva a todos los funcionarios sin perfil.

Como en otros escándalos de corrupción, también podría suceder que en este caso se intente dar carpetazo con tal de minimizar el costo político. Si la Auditoría Superior y la Unidad de Inteligencia Financiera judicializan sus investigaciones, es evidente que los involucrados tendrían que ser sentenciados por diversos delitos. Cualquier otro resultado sería sinónimo de impunidad y protección.

Segundo, tendría que reformarse la legislación electoral para recuperar la colegialidad del INE, una de sus características fundacionales más robustas. Frente a la impericia política de la presidenta saliente, incapaz de lograr acuerdos para designar a los directores ejecutivos y titulares de Unidades Técnicas del INE, gobernó por medio de encargados de despacho sin mérito más que su cercanía. Todos deben de renunciar, por congruencia. Hay que recordar que tanto el Tribunal Electoral federal como la Cámara de Diputados le otorgaron poderes excesivos a la presidencia que es urgente revertir. Con estas facultades exorbitantes la presidenta capturó a la institución, marginando a sus colegas del Consejo, a pesar de que todos –excepto un consejero– son afines o cercanos al oficialismo. De ese tamaño fue su torpeza política, por no mencionar su vulgar ambición.

Hay que recordar que Taddei no era la favorita para presidir el INE, sino simplemente la afortunada que salió sorteada. Ese es el problema de fondo de la llamada tómbola: es una burda simulación, en la cual todos los nombres sorteados son afines, aunque algunos además eran incompetentes. Mala fortuna para Morena que Taddei fuera la insaculada, que algunos confundieron con inmaculada.

Tercero, a diferencia de ocasiones anteriores, en las cuales para asegurar consejerías a modo echaron mano de la tómbola o del dedazo, ahora el oficialismo cuenta con mayoría calificada para designar la presidencia sustituta. Sería un error histórico nombrar a un leal, o peor aún, un incondicional, en lugar de un perfil de consenso: un ciudadano que sea reconocido no solo por todos los partidos políticos, sino sobre todo por la sociedad civil.

El oficialismo ya cuenta con mayoría al seno del Consejo del INE. Nombrar de nuevo a un cercano en la presidencia sería repetir el error. Para rescatar al INE se requiere un perfil íntegro e independiente, aunque eso suponga que sea incómodo.

El autor es editorialista de Grupo REFORMA.